

PONENCIA

09 2010

Mireya Forel (MdN de Sevilla)

Violencias hacia las mujeres en tiempos de guerra. Las violencias como armas de guerra.

1. Introducción

Importancia de crear una memoria colectiva sobre las violencias
contra las mujeres en tiempos de guerra.

Armas de guerra . Violencias sufridas por las mujeres

2. Estamos en la protohistoria de nuestra memoria

Las trabas del poder patriarcal Occidental para
hacer memoria feminista

3. Tipos de violencia contra las mujeres como armas de guerra

La pre guerra- la guerra y la post guerra

4. Conclusión

Las similitudes de violencias patriarcales
desde una óptica del feminismo antimilitarismo

AGRADECIMIENTOS

Quisiera en primer lugar transmitir todos los sinceros agradecimientos de *Mujeres de Negro de Sevilla* por esta invitación a participar en vuestro importante evento que permite dejar semillas de reflexiones y de resistencia contra la violencia hacia las mujeres. Estoy personalmente agradecida porque se haya permitido un espacio específico para tratar las violencias en tiempos de guerra, ya que no se las suele incorporar en el marco de violencias del tiempo llamado de paz, cuando precisamente están muy relacionadas.

Gracias por la eficacia y el cariño de todas las organizadoras y a vosotras por estar dispuestas a compartir ideas, sentimientos ante temas tan fuertes e importantes para avanzar en una alternativa feminista plural y llena de energías para un mundo sin violencias. Un mundo donde no se añorará la ausencia de poder patriarcal.

Violencias hacia las mujeres en tiempos de guerra. Las violencias como armas de guerra.

I. INTRODUCCIÓN. HACER MEMORIA

Cuando me he puesto a redactar esta comunicación, estaba justo de retorno de un encuentro de *Mujeres de Negro de Serbia y de Montenegro* donde participaba también una amiga invitada de Bosnia. Hace 9 años que la serie de guerras en la Ex Yugoslavia terminó. Virginia Wolf decía “se sabe cuando termina una guerra pero no cuando empieza”. La verdad es que no sé si tenemos realmente conciencia de cuándo se termina o mejor dicho no creo que esta conciencia sea por igual entre todas las comunidades afectadas y concernidas.

A modo de introducción comentaría que un conflicto armado no se acaba mientras no haya una memoria abierta dialogada por ambas partes, la agredida y la agresora, desde lo diario, lo sentido y lo analizado, y por ende desde la justicia, sobre los hechos, las causas y las consecuencias del conflicto. De modo general preferimos creer que un conflicto belicista termina cuando las armas de guerra se callan. Cuando ya no hay más víctimas y violencias. Y pensar que como no hay más, ya no existen. Margarita Duras en su novela “*Le Square*” escribía en 1952 a propósito de las víctimas de los campos de concentración “*Ils étaient contraints de rentrer dans le silence*”. (Estaban obligados a entrar en el silencio)

Todo es cuestión de reconstruir lo destruido, claro nos referimos a lo material. Para ello, llegan a menudo y no sin intereses diferentes apoyos de diversos Estados y de lo privado. Son las relaciones de dependencia que llegan después de la destrucción. Es cuando entonces lo que llamamos la post guerra cae en un tremendo silencio mediático y de la solidaridad como si la guerra fuese solo el ruido del trueno de los morteros y de las bombas o de la locura a golpes de hachazos o metralletas.

Hoy día el estado de memoria y conciencia que tenemos ante las violencias contra las mujeres en tiempo de guerra nos lleva entenderlas como armas de guerra. No obstante sí que podríamos diferenciar lo que es premeditado y estratégico con lo que es legitimado. A este efecto trataré más específicamente más adelante de las violaciones y el embarazo forzoso como armas de guerra. Por lo pronto invito a esclarecer la idea de armas de guerra.

Nuestra amiga Graziella Longoni, Mujeres de Negro de Milano nos dice “las armas son prótesis necesarias y homicidas para hacer del cuerpo, transformado de manera irreconocible en medio del equipamiento, maquinas de guerra, instrumentos para destruir, atacar y aniquilar otros cuerpos, la mayoría de las veces inermes, como en el caso de la población civil...Estas armas seguirán trayendo muerte incluso después de terminar la guerra...”(1) refiriéndose a las consecuencias de armas como las minas. Creo que podríamos complementar esta visión de lo que son las armas entendiendo que no son únicamente prótesis homicidas.

¿Qué es un arma de guerra?

Las armas de guerra se fabrican en la pre guerra, se usan en la guerra y se mantienen en la post guerra. Son numerosas y múltiples. Corresponden a las diferentes guerras. Las guerras homicidas y las otras: económicas, sociales, culturales y ecológicas. Las guerras homicidas o belicistas a veces abren las puertas a estas otras, u otras veces, son el castigo contra sociedades que no aceptan las normas de estas guerras que generan dependencia, destrucción, desigualdades y corrupción además de imponer dictaduras o gobiernos del agrado de intereses. Muchas guerras homicidas tienen un carácter terrorífico porque engloban todas las guerras en un relativo corto tiempo.

Todo tipo de guerra sigue la lógica del militarismo. Una lógica que varía según las sociedades y los tiempos. Hoy día tiene una dinámica que entiendo como parte constitutiva del Poder Patriarcal dominante, me refiero al Poder Patriarcal occidental. Brevemente diría que su idiosincrasia coge raíces en la idea de la supremacía del hombre sobre la mujer, sobre “los otros” hombres, y sobre la naturaleza. Una idea imbricada entre las necesidades de competitividad y de conquista. De esta idiosincrasia surgen las violencias contra nosotras como armas de guerra que más conocemos hoy día.

A partir de una serie de similitudes entre procesos de violencias llamados machistas o de género y procesos de violencias de guerra que hice hace tiempo quisiera ilustrar – aunque sea esquemáticamente -lo que entiendo por armas de guerra como quintaesencia del poder patriarcal actual y predominante en el mundo.

Hay un primer proceso donde empiezan la interpretación negativa y la sanción sobre como siente, actúa la mujer. Se conocen la humillación pública, los insultos, y el menosprecio. Ella es culpable de la tensión, del rechazo. Aquí la voluntad de anular a la mujer se hace manifiesta. Y, es fácil ya que en la memoria colectiva “masculinizada” las mujeres son estas cercanas desconocidas que provocan al hombre todo tipo de temor a perder

su papel asignado. Un papel que se asienta en la anulación de la mujer en vista de ser dependiente del hombre.

Por igual, la fuerza de poder dominante empieza a divulgar públicamente interpretaciones y a censurar moralmente una sociedad y sus gobernantes. Proliferan estereotipos e imágenes negativas de esta sociedad, de este "otro" por su cultura, sus costumbres, su estado de desarrollo, sus gobernantes, su Historia. Es culpable de "retraso", de "inadaptación". Así, la voluntad de anular esta sociedad viva se hace manifiesta. Y, es fácil ya que nuestra memoria colectiva esta construida desde la ignorancia del "otro", este otro construido desde la ignorancia y la apropiación de su realidad.

Apropiación y anulación por interpretaciones interesadas en valorar ante todo lo dominante desde la negación del "otro" y de la "otra"

Se presenta otro proceso donde se impone el aislamiento de la mujer bajo el control de sus movimientos, de sus recursos afectivos y económicos. Es la exigencia del sometimiento absoluto, es decir, de la dependencia, bajo amenazas de pegar y de matar o a veces bajo el chantaje al suicidio con miles de perdones y de excusas entre otras que es "por amor" "pero que "no le deja vivir", que "no cambia", que "es siempre la misma", que "siempre lo provoca". Por igual la fuerza dominante en nombre de la Seguridad, de la Democracia o de los Derechos Humanos, y cada vez más en nombre de la defensa de las mujeres o de la Paz, emite incompatibilidades, riesgos de desequilibrios internacionales, y exige cambio porque se siente amenazada o indignada como defensora de la ley del bien y del progreso y que no tiene otro remedio que espiarla, aislarla, castigar con boicot, intervenir e imponer sus condiciones ya que por si solo este "otro" "no es capaz de tomar decisión" y que la "tolerancia tiene limites".

Por último evoco el proceso de la violencia física homicida que es la apropiación absoluta de la mujer hacia su destrucción, su muerte. Una violencia que pasa a menudo por destruir lo más íntimo del hogar, con bofetadas y violaciones hasta llegar al asesinato, dando lugar a un feminicidio. Tal violencia tiene su similitud con esta fuerza dominante o con aquella voluntad de poder de expansión que interviene militarmente, destruyendo la infraestructura de la sociedad, los referentes culturales, y ocupa y se apropia del territorio, sometiendo o asesinando a su población. Es el genocidio. Es el proceso de la destrucción bajo el terror hacia la dependencia.

Con estas similitudes se crea un espacio donde se puede reconocer la interrelación entre las diferentes armas patriarcales para ejercer el poder creando un clima de guerra permanente, un clima de tensión crónica. La legitimidad de la violencia que tiene cualquier Estado favorece un clima

machista propenso a su identificación por parte de individuos que por un motivo u otro recurre a ella en las relaciones interpersonales. No se puede erradicar las violencias llamadas de género sin tener en cuenta la sutilmente omnipresente legitimidad de la violencia en los diferentes sectores de la sociedad. Detrás de esta legitimidad esta el Poder Patriarcal.

¿Qué violencias sufren las mujeres?

Las guerras son los espacios donde las mujeres viven violencias de modo exacerbado forman un largo e interminable recorrido en un mundo íntimo y colectivo lleno de huellas con nombres como

- La prostitución y la esclavitud sexual.
- Los embarazos forzosos.
- Las violaciones.
- El doble crimen de violación y asesinato.
- Las torturas sexuales.
- Los malos tratos psíquicos y físicos.
- El feminicidio.
- El infanticidio.
- Las amputaciones y las secuelas de las armas químicas y otras.
- La esterilidad o mal formación de fetos.
- La privación de derechos de control sobre la maternidad.
- La privación o limitación de movilidad.
- La limitación o privación de derechos civiles.
- La militarización de la vida incluso laboral.
- El repudio.
- El esquilo público u otro acto vengativo contra “las traidoras”.
- El victimismo o la victimización
- El desarraigo cultural y social.
- La miseria y la contaminación y destrozo del entorno.
- La renuncia.
- El miedo.
- La culpabilidad.
- La pérdida de promesas.
- El abandono.
- El rechazo a la libre orientación sexual.
- La deserotización.
- El desgarramiento afectivo.
- El estatuto de refugiada.
- La pérdida de identidad.
- La pérdida de seres queridos.
- La convivencia con seres con secuelas de guerra.

Cada huella cuenta algo más que una historia. Son un mundo de destrucción interior y de pesadilla. Se fijan de por vida.

Con cada huella se podría hacer una gran revisión de cada guerra y en cada lugar y cada momento histórico y actual. Todas estas huellas no corresponden por igual a todas las guerras, momentos, lugares, ni identidades. Pero todas son los testimonios de los objetivos y de las estrategias de guerra.

Habría que indicar que no podemos tan solo denunciar la situación de las mujeres de tierras agredidas sino también conocer las violencias que viven las mujeres de las sociedades agresoras, ya que no olvidemos por ejemplo que la mayor parte de los hombres que vuelven del frente obedecen a una evidencia histórica: la violencia genera violencia, se hacen más agresivos y se ven con más derechos de dominio sobre sus madres, esposas, y hermanas. Tampoco tenemos que omitir las cuestiones de la política natalista manifestadas con fuertes presiones para que las mujeres se identifiquen tan solo como madre y esposa para el “bien de la patria”.

Son fenómenos por otra parte que se dan también en situaciones de post guerra en las sociedades agredidas.

En este marco nuestra memoria debe de activarse con una particular atención hacia las adolescentes e incluso las niñas. Son las que más sufren traumatismos terroríficos por perder su identidad al ser utilizadas como mujeres-objeto además de otros aspectos que les roban su tiempo de crecimiento.

Tratar de las violencias contra las mujeres en tiempo de guerra debería sacudir nuestras conciencias sobre lo que puede ocurrir ahora mismo en los conflictos existentes con idea de actuar consecuentemente pero también de crear una memoria viva para que en tiempo sin guerra estemos alertas contra todo lo que puede ser una pre guerra.

En este sentido la noción de pre y post guerra debe de estar presente con carácter transversal en nuestra construcción de la memoria de mujeres ante las violencias en tiempo de guerra.

II. LA PROTOHISTORIA DE NUESTRA MEMORIA SOBRE LAS VIOLENCIAS HACIA LAS MUJERES.

No se inició un proceso político de conciencia colectiva de la existencia de crímenes de guerra contra las mujeres hasta la guerra de los Balcanes en la década de los años 90. Esto pudo transcurrir merced a un movimiento de mujeres feministas preexistente antes de la guerra, que además contaba con referentes de un movimiento feminista pacifista y ecofeminista en Europa y

América “latina” fuerte desde la década anterior. Y también con otro antecedente a señalar cómo fueron las denuncias de víctimas de la esclavitud sexual sufrida por miles de mujeres taiwanesas con el Ejército japonés durante la segunda guerra mundial.

Una de las mayores violencias contra las mujeres en tiempo de guerra ha sido precisamente el silencio durante siglos sobre las violencias padecidas. Pero no basta decir esto para que nos creamos ya en posesión de un conocimiento. Aún hoy día hacer memoria es una labor a mí entender que está en el estado protohistórico, por varios motivos que planteo a continuación como cuestiones metodológicas en cuatro puntos:

1. La mancha negra: las olvidadas para siempre
2. Guerras múltiples y encubiertas
3. El concepto de población civil
4. Nuestras miradas veladas por el discurso victimista

1.- La mancha negra : las olvidadas para siempre

Para este primer motivo voy a referirme a una reflexión muy bien expresada de René Maheu en su conciso prólogo de una Antología mundial de la libertad (2) al recordar que tras la luz que da la Historia escrita y contada, está una gran sombra refiriéndose a los millones de mujeres, hombres y niños que a través de milenios de sociedades humanas quedaron sin medios para expresar su dignidad nativa ante las violencias y las miserias vividas.

La Historia está sin huellas de las más afectadas por las violencias. **No obviamos una realidad: la violencia fue, ha sido y es la vencedora de la Historia y de nuestro presente y es ella la que hizo olvidar a sus víctimas con mentiras, terror, y manipulaciones.** De esta sombra salieron y han salido y salen voces de mujeres víctimas, son las que nos permiten llegar a la protohistoria de nuestra memoria, y nos brindan luces del alba de una resistencia. Las que nos permiten hoy empezar hacer historia: Otra Historia de las guerras, de las violencias de diferentes ámbitos hasta el inicio de una Historia de un desarrollo humano que no dependa de violencias.

También nos abren puertas a ello las huellas de nuestro subconsciente y/o de nuestra conciencia colectiva callada o que se transmite de alguna u otra manera de boca en boca o de miedo en miedo sin repercusión pública o política sobre lo que supone ser una guerra para nosotras. Porque hay memoria de otras guerras y percepción de la existencia de comportamientos y valores en las sociedades en tiempo sin guerra donde de alguna u otra manera se convive con una legitimidad de la violencia sexista. Y sabemos que ésta en tiempo de guerra puede desencadenarse sin freno. No obstante no siempre las mujeres y las poblaciones civiles conocieron las actitudes del agresor que viene de otra parte. Y podríamos decir que se quedan en la

profunda oscuridad todas las víctimas de conflictos con genocidios que aniquilaron comunidades, incluso civilizaciones enteras de mujeres y hombres, sociedades que quizás no recurrían a las violencias organizadas, o tal vez que eran de caracteres semi patriarcales, como se suele llamarlas, o simplemente no tenían ningún parecer organizativos con los invasores.

2.- Guerras múltiples y encubiertas: romper unos mitos

Otro motivo es la herencia patriarcal que tenemos sobre el concepto de lo que es una guerra y de nuestra civilización.

La preocupación para definir lo que es una guerra ha dado lugar a muchos escritos en ciencias sociales, en Historia y por supuesto entre analistas de movimientos pacifistas e incluso en la literatura y otros artes. No es precisamente mi meta aquí aportar una definición considerada más o menos acertada de cara a lo que es o sería un conflicto belicista. Más bien pretendo simplemente recordar algunas trabas patriarcales militaristas que nos dificultan una aprehensión holística feminista de lo que es una guerra y lo que implica para nosotras las mujeres.

Umberto Cori, un estudioso del tema, citado en “Guerra, Paz y sistema de Estado” de Jaime Pastor, llega a cuantificar que de 3.400 años de Historia documentada la Humanidad habría tenido tan solo 234 años de “Paz”. También Berthoul y Carrière (3) aportan datos como que desde 1740 hasta hoy día no hubo un solo año de ausencia de guerra. Estos datos podrían llevarnos a entender que la guerra es un hecho normal, inevitable o incluso natural a los seres humanos, claro entendiendo en general por seres humanos, a hombres ya que en su mayoría las mujeres han sido excluidas de los poderes belicistas y de sus actos aunque históricamente a nivel social y político no todas han estado ajenas por igual a las intenciones de guerra y de sus “beneficios”: desde Cleopatra hasta la primera Ministra Margaret Thatcher, pasando por ilustres reinas como Isabel la Católica.

Aprovecho de este comentario para indicar que no creo que el hecho que hoy día participen mujeres en el Ejército pueda cambiarlo. No es un problema cuantitativo sino de identificación activa con los valores y comportamientos patriarcales. Las conocidas actitudes de soldadas de EEUU ante los presos iraquíes son trágicamente reveladoras de ello. Y también recordamos que hace tiempo que las mujeres israelitas están incorporadas en los deberes militares y nada ha cambiado en las estrategias de guerra y de opresión de su Estado.

La incorporación de las mujeres en los Ejércitos es importante tan solo en cuanto que crea un escaparate al militarismo. Aparece más justo, más equitativo, más “civilizado”. Facilita una mayor aceptación dentro la sociedad.

Afirmar que por naturaleza los hombres tienden a los actos de guerra no se sostiene. Toda violencia organizada depende de un largo aprendizaje y de estímulos entre los cuales están en nuestro tiempo las drogas así como la pornografía y el derecho a disponer de mujeres prostitutas en prostíbulos cercanos a los campamentos. Pero los largos aprendizajes no dependen tan solo de lo aprendido en el Ejército directamente.

La guerra es posible porque existe el militarismo en tiempo llamado de paz. Su omnipresencia tiene lados oscuros, secretos, (lo que le es intrínseco). No se trata de un militarismo que se confronta como una dictadura a la población civil, sino que penetra, se infiltra por todas las arterias de nuestra vida social, cultural, económica y política.

La militarización de nuestras sociedades implica un largo aprendizaje de los valores patriarcales donde predomina la idea de supremacía del hombre desde un fuerte sentido de lo jerárquico, de la competitividad y de la capacidad de triunfar y de conquistar espacio y poder. Por ello siempre nace un potencial “enemigo” en frente. Es un aprendizaje de vivir en tensión, en alerta contra “amenazas” y de transformar la vida en un mundo de rentabilidad y de “Seguridad” que claro en estas condiciones y con estos condicionantes nunca se alcanza. Para ello también existen las alianzas.

Por lo demás y lo subrayo como un alivio ante la negativa idea de que las violencias son naturales en el hombre, recordemos que la mayor parte de los combatientes suele conocer serias secuelas con graves traumas a raíz de la guerra. Secuelas que podemos traducir como consecuencias que **la guerra es el lugar donde se exacerban al extremo hasta un punto patológico los sentimientos de supremacía y a su vez donde más pueden ser anulados.**

Siempre se da una razón o varias por la que se hace una guerra. En este sentido poco es sostenible crear que es natural en el Humano. Asimismo no es extraño que nos encontremos con una Historia extensa atravesada de polémica para definir lo que es una guerra.

¿Qué trabas encontramos?:

Las justificaciones de guerra resultan de una selección de argumentos políticos territoriales, económicos y culturales realizada por el propio Poder agresor o aquel Poder que se considera amenazado. La política del miedo en torno a la idea de enemigo y de la inseguridad es la clave para asentar una razón de guerra. Es el marco de alienación donde las poblaciones suelen sufrir identificación con la necesidad de guerra.

Histórica y actualmente se quedan muchos conflictos que no son considerados como guerras en sí. Se encuentran encubiertos por otros

conceptos tales como las expansiones de tal o cual imperio, las invasiones de los visigodos o de los francos, las cruzadas, la llamada reconquista, el descubrimiento de América o su conquista, la esclavitud y, cómo no, el colonialismo. Todos estos conceptos forman parte de nuestra memoria colectiva occidental. Condicionan nuestros acercamientos a las realidades históricas, de lo vivido en el día a día de las guerras. Nos ponen de parte de aquellos poderes que hicieron que estas guerras desaparecieran para formar parte de procesos de la evolución que nos llevaron a desarrollar y consolidar nuestra civilización Moderna. Se nos suele explicar estos procesos como inevitables desde una visión totalmente evolucionista de la Historia para justificar el alcance a una supuesta cumbre de la Historia definida por nuestros tiempos Modernos. Estamos en el corazón de la doble moralidad patriarcal occidental. Nuestros libros de texto están repletos de ejemplos de ello, sin contar con el papel mediático a través del cine que contribuye además a transmitir la noción del bueno y del malo, del héroe y del enemigo, de la guerra justa e injusta, del castigo merecido o no. Sin que nunca por lo demás se hable de las víctimas.

El resultado de todo ello lo encontramos por ejemplo en el hecho que durante muchos tiempos la noción de invasión de los visigodos producía una radical diferente idea en las mentes que la “invasión de los árabes” en cuanto a violencias.

La doble moralidad que caracteriza a mi entender las relaciones patriarcales modernas occidentales se hace extraordinariamente visible con su capacidad de acusar “el otro” de lo que uno precisamente hace. Por ejemplo, el ejercicio sistemático de violaciones masivas o selectivas de mujeres que se realizaba en la época del imperio greco-romano – cuna de nuestra civilización occidental- ha ido aplicándose sistemáticamente durante más de 500 años en nuestras conquistas y guerras genocidas. Se creó todo un imaginario racista a partir de una “supuesta” incontinenencia sexual de hombres de otras culturas, particularmente del “moro” o del “indio” que rapta a mujeres blancas. Un imaginario bien alimentado a través de las múltiples películas de acción. Achacar al “enemigo” violencias “salvajes” es un claro modo de lavarse las manos y a su vez justificar intervenciones vengativas y “civilizadoras” como razón de guerra. Son numerosos los modos de negar la historia de las guerras y sus implicaciones en la historia de la Humanidad en un sentido holístico. Tenemos ejemplos aún recientes de la negación de la guerra, en relación al colonialismo. Francia sigue sin reconocer la guerra de Argelia como tal (cuenta con más de 100.000 muert@s). A cambio habla del “asunto de Argelia”, y ahora mismo lo que ocurre en Chechenia, en Afganistán, Irak, Palestina son otros tantos casos encubiertos por palabras como *ocupación, guerra por la paz, la democracia, la igualdad* etc.

De este modo merced a hábiles y perversos conceptos se nos ha creado una memoria con un extraordinario racismo temporal (4). “El drama de África es que el hombre africano no ha entrado bastante en la Historia”, así se expresaba el Presidente Sarkozy en 2007 en la Universidad Cheik-Anta-Diop de Dakar dirigiéndose a toda la juventud del continente. En su terrorífico discurso, que os aconsejo de conocer, llama la atención también su voluntad de hacer creer que había buenas intenciones civilizadoras por parte de los colonos y que al final “los colonizados y los colonos eran víctimas por igual”. Está claro que el poder galo busca en este caso una reconciliación para sus intereses pero no puede realizar su objetivo sin revelar una doble moralidad patriarcal agresiva donde se esconde de modo dramático la incapacidad de renunciar a su idea del colonialismo. Es decir, es incapaz de renunciar a lo que personalmente defino como la adopción o creación y apropiación del androcentrismo por parte del hombre blanco occidental. Un acto violento racista, sexista y clasista que entiendo como intrínseco a la razón y al poder patriarcal moderno. Una razón y un poder que generan profundos odios, rechazos y repulsas. Un fenómeno precisamente analizado desde la actualidad y de modo excepcional por Jean Ziegler en su reciente libro “*La haine de l’Occident*” (el odio hacia Occidente), y para el que el libro de Sophie Bessis “Occidente y el otro. Historia de una supremacía” brinda ampliamente el contexto histórico.

Nuestra civilización llamada del progreso se libera a nivel de conciencia colectiva de todo peso de crímenes de guerra de los cuales salen nuestros llamados privilegios como recuerda R.M. aheu antes citado.

No obstante siempre habrá conciencias para recordarnos que nuestro modelo de desarrollo ha sido y sigue siendo totalmente dependiente de violencias y de un espíritu patriarcal segregacionista y militarista que llega a tener un impacto fuerte sobre nuestro modo de ser incluso solidario. Mientras que denunciábamos las violaciones como crímenes de guerra por lo que estaba ocurriendo en los Balcanes estábamos callados ante lo que ocurría al mismo tiempo en Ruanda, y posteriormente en Congo (1998-2003) donde decenas de miles de mujeres padecieron en sus almas y carnes las violaciones sistemáticas. Vivas con sus dolores y traumas en la actualidad intentan sobrepasar la trampa del discurso victimista denunciando las violaciones como armas de guerras.

Quizás no habría de tener miedo a preguntarse si inconscientemente hemos asimilado la idea colonialista que nos guía a normalizar las violaciones masivas en África mientras que nos resulte intolerable en nuestro viejo continente. No voy a extenderme sobre ello, pero me dio mucho por reflexionar sobre un aspecto que serán mi tercer y cuarto motivos por el cual creo que estamos aún en la protohistoria de nuestra memoria.

3. El concepto de población civil

Ha existido siempre un silencio contra las poblaciones civiles en general. Un silencio que consideramos ya imposible con un argumento repetido en todos los análisis:

-. Hoy día surge en el curso del siglo XX un fenómeno nuevo: las guerras están afectando al 70% de las poblaciones civiles.

Se suele asociar estos datos con las nuevas tecnologías de la muerte, este gran lado de infinitos beneficios de nuestra sociedad de progreso que es capaz de mandar misiles a 3000 Km. pero no tiene recursos reales para apagar fuegos.

Este argumento sobre la Historia de la guerra brinda un ejemplo más de cómo el androcentrismo patriarcal occidental tronca y deforma la Historia misma. En el punto anterior se ha expuesto la dinámica existente en negar hechos de guerra para muchos periodos históricos donde precisamente son las poblaciones civiles las que fueron masacradas, humilladas, exterminadas por millones y justamente antes de que existiera la bomba atómica u otras armas sofisticadas de destrucción masiva. Para ello hemos dado referencias concretas de negación de guerras con el colonialismo francés, se podría seguir con el inglés, por ejemplo, en Australia, o con la esclavitud, una autentica guerra genocida contra África de donde las esclavas estaban condenadas a procrear después de violaciones de sus dueños.

Hacer un barrido de estos periodos o sobre todo, omitir la necesaria descodificación de nuestra memoria sobre ellos no nos autoriza a plantearnos una posible visión universal de las violencias hacia las poblaciones civiles y concretamente hacia las mujeres. Toda pretensión de visión universal obliga a recibir miradas que nos devuelven miradas sobre nosotras y nosotros mismos. Miradas que nos cuestionan. Cuando se aceptará esto nuestra memoria empezará tal vez a salir de su estado protohistórico...

Ante las violencias vividas por las poblaciones civiles se ha llegado a considerar que “el ideal de todo conflicto armado consistiría en un enfrentamiento directo sólo entre combatientes que finalizaría con la victoria de una parte de unos sobre otros” (5).

Existieron guerras de esta característica y reivindicarlas es un procedimiento que silencia otra vez el papel de las mujeres en los procesos de conflictos y las violencias vividas. Tal visión de una supuesta “guerra ideal” vacía la guerra de su realidad

¿De que la vacía?

La respuesta está en unos simples ejemplos de lo que implica preparar y hacer una guerra para la población civil en general aunque este fuera de los campos de batalla:

- * La pérdida de seres queridos. La viudez.
- * El cuidado ante la invalidez por heridas de guerra.
- * El desequilibrio socio-económico y demográfico.
- * El deterioro del entorno medioambiental.
- * La toma de poder sobre los recursos de la sociedad a favor de la guerra y la militarización en general.
- * El control sobre los derechos a una maternidad libre.

Cual sea el método de hacer la guerra, la guerra siempre perjudica a las poblaciones civiles y por supuesto a las mujeres de modo específico.

A este efecto es de suma importancia insistir que cualquiera guerra acarrea y exige de una u otra manera una militarización social y la creación de arquetipos socio políticos desde una perspectiva de género tal como lo ha estudiado muy justa y profundamente Amparo Moreno Sarda en su libro “ La otra política de Aristóteles”. Por lo demás esta concepción supuestamente ideal de la guerra revela una clara aceptación de los principios militaristas y de los Ejércitos para resolver conflictos y por ende da pie a defender la profesionalización de lo militar con todo lo que genera. Es una apología de la muerte y del sacrificio propia de la filosofía militarista Vigente desde hace siglos en nuestras sociedades patriarcales. No hay duda que caminos nos quedan por abrir hacia la “desmilitarización” de nuestras mentes en la resolución de problemas de violencia. Caminos nos quedan por abrir hacia el cuidado de la vida.

4.- Nuestras miradas veladas por el discurso victimista

Llego aquí al cuarto y último motivo del estado protohistórico de nuestra memoria. Un cuarto punto a modo de conclusión sobre las consecuencias de lo expuesto hasta ahora.

Afirmaba antes que el silencio sobre las violencias contra las mujeres en tiempos de guerra es una de la más grande violencia de guerra contra las mujeres.

¿Por qué este silencio?

“Se ha llegado a escuchar que tratar de las violencias de guerra contra las mujeres de manera específica era recrear una discriminación ante la población civil en general. Cuando denunciemos, advertimos y analizamos las situaciones de las mujeres en tiempos de guerras, no estamos reproduciendo una política sexista negando el sufrimiento del resto de las poblaciones civiles, incluso militares, y tampoco pretendemos cuantificar y

comparar las desgracias entre mujeres y hombres para buscar quien es más víctima. Lo que estamos haciendo es desgarrar el velo que forma la noción de población civil que es operativa para ciertos temas pero demasiado genérica y asexuada para otros. Se trata de llevar a la luz lo que ocurre realmente contra las mujeres. Lo pretendemos precisamente contra todo silencio sofocador de realidades diferenciadas y con intención clara de romper toda jerarquización de valores que discrimina la vida misma y cuestionar estos mismos como arma de poder” (6).

La memoria es fundamental, tanto es así que molesta hasta el punto que se intenta apartarla. *Mujeres de Negro de los Balcanes* están diariamente contra corriente en este aspecto. Esto sobre todo cuando la memoria se consolida con la puesta en cuestión de valores y de estructuras de poder generadoras de justificaciones tales como que el recurso a la violencia pueda ser legítimo en un momento dado. Cuando este verano escuche el balance de las actividades de Mujeres de Negro de Serbia particularmente en torno a la conmemoración de los 15 años de la masacre de Srebrenica resaltaba que hay más participación y adhesión cuando se trata de actividades simbólicas tal como la “performance” de recogidas de zapatos en recordatorio de las víctimas de guerra que cuando hay que ver una película con testimonios directos. Se evidencia que los imprescindibles testimonios directos y vivos del dolor sufrido tienen un espacio más difícil en el proceso de reconstitución de la memoria. Porque los testimonios y más específicamente los de mujeres, son los traductores vivos de los trasfondos de una guerra y sus impactos sobre nosotras y el género humano en general. Nos lleva de nuevo a lo que son las armas y las estrategias belicistas.

Los testimonios ayudan a descubrir tramas fundamentales de los poderes que gestionan las guerras y a entender el porque del silencio sobre las violencias contra las mujeres. **Saber recibir las miradas de las víctimas es percibir luces sobre una misma y su entorno. A veces preferimos quedarnos ciegas: un modo de quedarse ciegas es el recurso al discurso victimista o la victimización de las mujeres víctimas.** Un recurso que las silencia. El discurso victimista reproduce esquemas patriarcales con estas miradas binarias: el activo y el pasivo, el enemigo y la víctima, el sujeto y el objeto sin dar cuenta de que estamos tratando de sujetos con sus sentimientos, reflexiones y capacidades de reaccionar. La victimización es una traba contra la reconstitución de nuestra memoria. A la hora de hablar del tema de las violencias hacia nosotras en tiempos de guerra podemos detectar que el discurso del victimismo suele estar vigente por diferentes motivos entre los cuales resalto aquí dos.

1.- Se suele victimizar sobre todo cuando tratamos de mujeres de otras culturas. Entre las propias feministas existe una fuerte tendencia en reproducir los esquemas patriarcales occidentales relativos a la

construcción del otro. No es lugar de extenderme sobre ello, lo hice en una ponencia leída en el XIV Encuentro Internacional de Mujeres de Negro en 2007 en Valencia. Tan solo quisiera subrayar la idea que esta construcción del otro pasa por una feminización que define los procesos de inferiorización y de exclusión de hombres o sociedades o comunidades no occidentales. Parte de una opción masculinizada del Estado Nación Moderno. Se aplica contra otras sociedades señalando a los hombres considerados no ser “dignos de serlo” porque no son los protagonistas de la Civilización. Esta es una marca de superioridad que se ha autootorgado el hombre blanco occidental, una de las marcas de su poder patriarcal que justifica intervencionismo y otros fenómenos intrínsecos a su lado oscuro: el militarismo ominipresente y dominante. Asimismo entre nosotras mismas hay una fuerte asimilación de estos valores patriarcales jerárquicos y excluyentes y nos creemos con el deber de intervención o nos planteamos como salvadoras de las mujeres de “sociedades atrasadas”, de las mujeres sometidas a condiciones “que recuerdan nuestra Edad Media” tal como solemos decir desde nuestra más grande ignorancia sobre nuestra ignorancia. Es la negación de los procesos de contemporaneidad. La negación de las mujeres como sujetos, por ser de sociedades de hombres supuestamente atrapados en la tradición e incapaces de avanzar.

Inferiorizamos nosotras mismas a las mujeres de sociedades feminizadas por nuestro Poder patriarcal. Nos sumamos desde una cierta política de igualdad inconscientemente a la política patriarcal de inferiorización. Ejercemos un silencio a favor de nuestra interpretación y no estamos para crear memoria escuchando, mirando a las demás y sabiendo mirar a nosotras mismas.

2.- La vigencia del discurso victimista resulta también de un proceso de interpretación de la situación de las mujeres que se ciñe casi exclusivamente al campo de la discriminación de cara a los hombres. Se parte de una dualidad a favor de una unicidad que gira en torno al modelo masculino de poder y de espacios adquiridos. El Poder patriarcal esta puesto en cuestión en su faceta sexista pero quedan sus otras estructuras y valores en la oscuridad. Hasta ahora no he podido encontrar textos de feministas sobre violencias llamadas de genero o domésticas donde haya una puesta en cuestión de la militarización social como fenómeno estructural de violencia patriarcal y ni siquiera una referencia a la situación de las mujeres en tiempos de guerra mientras que sí están omnipresentes las críticas y denuncias relativas al carácter sexista del poder judicial.

No obstante desde el feminismo antimilitarista que se distingue del feminismo pacifista por su radical puesta en cuestión de las estructuras del poder militar, a raíz de la guerra de los Balcanes existen más análisis que realizan correlaciones entre las violencias en tiempos de ausencia de guerra

con los de guerra. Particularmente con los temas de las violaciones ejercidas por grupos de hombres y en serie, de la prostitución y de los papeles de madres y esposas ante la política demográfica militarizada.

Quizás podremos salir de los lados oscuros del poder patriarcal cuando seamos capaces de superar algunas trabas de un feminismo de la igualdad donde prevalece la lucha por acceder a los derechos hasta ahora propios de los hombres, tal como ser militar en vez de poner en cuestión el Ejército y la militarización social.

Para concluir este tema del estado protohistórico de nuestra memoria feminista e introducirme en aspectos de violencias en tiempos de guerra quisiera subrayar cuánto hemos tenido tendencia a referirnos de modo erróneo a lo ocurrido en la guerra de los Balcanes, y precisamente en Bosnia Herzegovina extendiéndolo como si fuese un laboratorio de experiencias vividas para todas las guerras.

III. TIPOS DE VIOLENCIAS CONTRA LAS MUJERES COMO ARMAS DE GUERRA

La pre guerra- la guerra y la post guerra

Entre las violencias de guerra contra nosotras son los embarazos forzados y las violaciones masivas las que más nos han llamado la atención a raíz de la guerra en los Balcanes. Existe una fuerte inclinación a creer en que en todas las guerras existen violaciones y embarazos forzados como armas de guerra. También la polarización en torno a los crímenes sexuales y crímenes contra la maternidad ha hecho que se suele asociarlos como única intención de exterminio de una comunidad que afecta directamente a las mujeres.

Ante estas creencias recordaré que las violaciones del lado nazi no forman parte de su estrategia de guerra genocida contra las comunidades judías y gitanas, así como no es el caso con las fuerzas armadas israelitas con su política genocida y de apartheid ante las mujeres palestinas. Pero no tenemos que eludir que existen los actos de infanticidios y de feminicidio en ciertas estrategias de exterminio.

En mi introducción he matizado que hay que diferenciar lo que pertenece a estrategias de los actos legitimados.

Los crímenes sexuales legitimados

Sin ser sistémicas las violaciones que se puede definir como legitimadas son armas de guerra en el momento que favorecen el clima de terror y de miedo necesario dentro de la política de luchas militaristas. Por ello están legitimadas. A veces han provocado auténticos “choques culturales”, aunque estas prácticas criminales han contaminado cada vez más los distintos escenarios belicistas.

Son legitimadas también por una interpretación patriarcal de lo que supone ser el arquetipo viril en cuanto a la sexualidad del hombre. Se las justifican como una inevitable descarga sexual de las tensiones vividas. Tal como se sabe las guerras tienen normas y reglas que gestionan y legalizan lo que se puede o no hacer. En el registro no existían las violaciones como crimen, porque de hecho siempre se las han normalizadas.

La legitimidad de las violencias sexuales tampoco es ajena a la intención de inferiorizar a los hombres de la comunidad agredida. Es una forma de humillar y quitarles poder desde un punto de vista patriarcal.

Tanto las violaciones como las condiciones de las mujeres “del enemigo” que se ven obligadas a prostituirse para superar la miseria o simplemente la prostitución forzosa traducen un menosprecio contra las mujeres con un fuerte carácter misógino excluyente. Es la negación de la mujer como sujeto. Traducen el arquetipo viril de supremacía de los hombres. Y es de esta traducción que podemos entender parte muy importante del silencio que vela la violencia padecida por las mujeres.

Merece señalar y volveremos sobre ello, que cuando mujeres denuncian violaciones, en un principio la respuesta suele ser de negarlas y luego de reconocerlas como unos casos descontrolados por lo que se condenan a los combatientes acusados. Es otro procedimiento para silenciar las violencias vividas por las mujeres en tiempos de guerra.

Las violencias sexuales como estrategia

La existencia de programas estratégicos de violaciones sistémicas para la limpieza étnica acompañadas de embarazos forzados se reconoce en la actualidad a raíz de la guerra en Bosnia Herzegovina. Esta arma de guerra cuyo objetivo es la conquista territorial con intención de exterminio se aplica fundamentalmente de cara a los hombres: violar a las mujeres es, ante todo, marcar el territorio, cambiar el “título de posesión” y con ello romper el ánimo de los hombres. Se trata de debilitarlos, apropiarse de sus poderes.

Las mujeres no cuentan como elementos activos, son objetos de una estrategia que emana de las relaciones patriarcales, es decir, las mujeres

son consideradas como posesiones de los hombres de la tierra, del país a conquistar. Las mujeres son como la tierra que hay que rentabilizar. Son el botín de guerra. Antes se las raptaba. Un botín que permite la reproducción de la colectividad. Un botín sin más vínculo activo de cara a cualquiera identidad civil.

Violar, practicar el embarazo forzoso a las mujeres tiene un doble sentido estratégico: derribar la moral del hombre por verse incapaz de cumplir su papel asignado de defensor de los bienes de su colectividad, las mujeres y los niños, así como destruir la continuidad de la identidad de la comunidad garantizada por las mujeres como seres garantes de la reproducción de la comunidad. **Todo apunta la exterminación de una comunidad, de su identidad merced el mestizaje. La identidad la marca el hombre "vencedor". El nuevo dueño.**

En varios análisis se ha señalado la contradicción existente entre la política del odio fomentado contra una comunidad como arma de guerra afinada en la pre-guerra y el hecho que los combatientes practican violaciones y embarazos forzosos durante la guerra. Creo que esta contradicción es simplemente una clave de la doble moralidad patriarcal. Refleja precisamente un aspecto fundamental:

- las mujeres son de hecho un pilar dentro de la estrategia de guerra. Y es este hecho de dependencia que hace que hay que anular a las mujeres como sujetas. Mantener el silencio sobre las violencias contra las mujeres es precisamente un modo de esconder el carácter patriarcal del militarismo, es decir la existencia de una relación de dependencia hacia las mujeres para conseguir los objetivos belicistas.

A este efecto es destacable lo que ocurre con las víctimas después de la guerra.

Para las víctimas de torturas, violaciones, amputaciones, de la pérdida de seres cercanos resulta insoportable recordar. Sin embargo muchas de ellas se atreven a denunciar los crímenes padecidos. Pero ¿qué ocurre en los Tribunales de Justicia de guerra?. Tal como me lo explicaba Stasa Zajovic de Mujeres de Negro de Belgrado este verano, se suele impedir que las víctimas expresen cualquiera percepción o su entendimiento de lo vivido. Tienen que ceñirse a la estricta descripción de los hechos. Así viven auténticas tormentas psicológicas por el recuerdo obligado y sometido a la repetición y a un control donde cada víctima casi desaparece como sujeta activa. Vive otra vez en la humillación de sentir su ser desprovisto de poder. Se la convierte conscientemente o no, en una víctima pasiva en manos de la Autoridad que se encarga de hacer justicia. Una justicia que aplica métodos parecidos a los que conocemos contra las violencias llamadas de género.

Mujeres de Negro de Sevilla para el 25 de Noviembre del año pasado sacamos a la calle un lema: “un soldado muerto = una medalla. Una mujer asesinada = una cifra. Entonces había escrito para un texto a repartir:

“Se ha venido a asociar la violencia de género sólo al ámbito doméstico y con tendencia en puntualizar la violencia machista como una mera desgraciada circunstancia de individuos contra mujeres. Individuos hombres que aparecen como si fuesen desfásados y que en general pasan al anonimato aunque se les condenen. Mientras las mujeres víctimas entran en la matemática de las estadísticas. El resultado se asemeja a la imagen de un monumento de los que se hacían al “soldado desconocido” en recuerdo a todos aquellos, carne de cañón, muertos en una guerra que nunca se denuncia, no obstante hoy al ser soldados profesionales tienen nombres y medallas y las víctimas mujeres siguen sin cara y voz”. Esta imagen – reflexión resalta las consecuencias de métodos “institucionales” que perpetúan el silencio sobre los poderes que generan violencias apropiándose a su vez de las voces de las mujeres. En los Tribunales contra los crímenes de guerra la víctima es el sujeto pasivo ante un hombre acusado de ser su verdugo. Un hombre o varios que aparecen como casos personalizados, excepcionales dentro de la maquina de guerra que no se puede denunciar. En los Tribunales contra la violencia de género el maltratador es tratado como un delincuente más sin que haya una real posibilidad de una puesta en cuestión radical sobre el fomento de estas actitudes delictivas machistas.

IV. CONCLUSIÓN

SIMILITUDES DE VIOLENCIAS PATRIARCALES

desde una óptica del feminismo antimilitarismo

Se ha repetido a lo largo de esta comunicación que un lado importante del militarismo es de legitimar la violencia como necesaria en un momento dado. Con los lazos patriarcales tradicionales esta legitimidad la tenía el hombre adulto de cara a las mujeres y a los jóvenes.

Ahora, la exclusividad la tienen profesionales bajo control del Poder de Estado. Con la apropiación del derecho de violencia, de intervención y de castigo por parte del Estado Moderno y aunque pretende prohibir las violencias sexistas y racistas para aliviar de tensiones la convivencia de la sociedad, no deja de acicatear y legalizar la violencia. Esto facilita una fuerte identificación con ella como recurso de autoafirmación desde cualquiera situación de frustración. Son numerosas en una sociedad enferma de relaciones de poder patriarcal ancladas en todos los sectores. Relaciones que crean una patología colectiva que resulta ser una amenaza crónica para nosotras.

Para concluir retomo parte del texto antes citado que me parece apropiado ya que nos gustaría que cada día sea un 25 de Noviembre y un 24 de Mayo, día internacional de las mujeres por el desarme y la paz.

“La violencia desde una perspectiva feminista implica desenmascarar y denunciar el poder que engendra, legitima o facilita la identificación con las violencias. No se puede condenar actitudes machistas criminales de hombres hacia nosotras y a su vez dar pie a que:

- se intervenga militarmente en un país para destruirlo y crear lazos de dependencia tal como el machismo lo hace con las mujeres,
- se ocupe un país con la excusa de intervenir por la Paz y los Derechos humanos tal como el machismo hace dictando comportamientos que tienen que tener las mujeres,
- se financie a paramilitares para que sigan vivas dictaduras tal como el machismo hace cuando impida la independencia de iniciativas de las mujeres,
- se fabrique y se venda armas para las guerras y la represión tal como el machismo reproduce insultos y violencias hasta la muerte de mujeres.

Podríamos dar un largo etc. de situaciones donde se da a cada hombre un poder de apropiarse de la violencia bajo cualquier pretexto o cualquiera situación hacia nosotras.

Toda actitud, todo valor, todo gesto político, toda iniciativa económica y social, toda decisión pedagógica, televisiva, o cultural deben de estar bajo sospecha de generar idea de supremacía del hombre sobre las mujeres y en vez de competir con ella debemos marcar nuestra insumisión integral contra todo recurso a la violencia paradigma de nuestra sociedad patriarcal”.

Y recordando la frase de Virginia Wolf que dice no saber cuando empieza la pre guerra terminaré esta comunicación con esta constatación :

Donde empieza cualquiera inferiorización y exclusión empieza una pre guerra. Donde empieza la vecina y el vecino ser un miedo, un enemigo empieza la preguerra.

Esperemos que hagamos pronto un gran vuelo cargado de nuestro deseo de cambio, con fuerzas alternativas para acabar con las pre-guerra, para dejar nuestras huellas de insumisas feministas a la violencia, huellas de resistentes no-violenta.

Gracias .

NOTAS:

1. Graziella Longoni. Ponencia “Patriarcado, alma del militarismo” en Seminario de MdN en l’Alquila. 2007
1. René Maheu (1905-1975) profesor de filosofía director general de la UNESCO (1961-1974) en “Le Droit d’être un Homme – Anthologie mondiale de la liberté-.J.C.Latt’ès/Unesco. 1968
3. Jaime Pastor .”Guerra,Paz y sistema de Estados” Universda.Libertarias .1990
4. Concepto o expresión tomada en “El hombre eterno” de L.Pauwels /J.Bergier. 1970
5. Enciclopedia por la Paz p.908 Editada por Universidad de Granada.
6. Extracto de un artículo de la ponente publicado en “ el clarión” Nº6 Revista de la STEs

Unos clásicos sobre testimonios contemporáneos de mujeres en tiempos de guerra

Armas para luchar, brazos para proteger. Icaria 1995

Historia de la Mujer. Siglo XX .Taurus

Confluences méditerranées: “femmes et guerres”
L’Harmattan nº17. 1996

Mujeres y Paz. Serie de libros editados por los Colectivos de MdN del Estado español de los diferentes encuentros internacionales de Mujeres de Negro desde 1993.